Un poeta, una voz: Antonio Pereira

Vicente Presa

Cuando caminar se pueda sin tener pozos al paso, y el cielo nos enseñe su tatuaje de estrellas, quemaremos todo aquello que en un tiempo dimos nombre y reduciremos las cadenas a simples anillas que fluyan al, vaivén del viento- Y es que tengo (tenemos, tú lo sabes) la bilis de tal ácido que a la piedra (todo es tierra) desmorona, pero siempre con carga de esperanza-; así el asfalto y el sarmiento estrechan sus opuestos quehaceres al mismo fin persiguiendo, solamente, una confusión de los distintos lenguajes- El rumor recién nacido con su fuerza voraz compartirá el espasmo de los sueños con la cruda realidad- una palabra es una lágrima que poco cuenta, pero el llanto continuado de unos pobres soñadores es una inmensidad de firmamentos-. En mí zumba la altura de tus bosques que he llorado (la palabra era la lágrima), conmigo van y vienen dilatados y se pierden al compás del subconsciente. Ondearemos banderas de múltiples colores tomando, sí es preciso, partido cuyo lema sea ante todo' "libertad"; (bella y desconocida pasión de quien predica llantos, de nuevo la palabra, sin amenazas remendadas con pólvora negra)-. Quizá seamos islas entre tempestades pero hemos de conquistar la calma. La soledad está muy bien siempre que nos sintamos protegidos. El mármol nos espera con sus invisibles letras para gravar, una señal de esperanza eternamente desesperanzada. Ya sabemos que todo tiene su mecánica y todo, se realiza ya por símbolos. Que el fuego- y las cenizas sean sensibles y que la destrucción acabe con lo hecho exceptuando esas lágrimas que abarcan tanta inmensidad, Antonio Pereira, poeta de la sinceridad que da la tierra teñida de verde y negro, que la sencillez tan humana que rezumas sea por siempre duradera, eterna. Ahora que has vuelto (nunca te vas de la nostalgia de tu pueblo) sabes que el hombre parte de su costumbre un día que no importa. Tu decir, ya; para siempre.

El poema que a continuación transcribimos pertenece al libro de Antonio Pereira, "Dibujo de figura", publicado por la colección El Barda en 1972

La altura de los bosques
pone estilo al amor.
Como colores
hace que ignora el mar y la llanura;
como difiere el habla de las flores,
que aquí exhalan aromas más extensos;
como el hombre,

que mira más arriba
si acostumbra su paso hacia las cumbres
de la blancura eterna y pensativa;
así el ave proclama
una manera de altivez
El urogallo canta
su libertad
y olvida al ojo frío
del arma la ocasión de su garganta.
No le compadezcáis.
Su carne abierta
por la pólvora negra y los metales
sobrevive sonando,
predicando
muerte mejor que
la de los corrales